

El alimento del capital y de la clase: Los usos del trabajo doméstico no remunerado en un pueblo agroindustrial del sur tucumano¹

Karina Gabriela Ciolli²

RESUMEN

A través de un trabajo etnográfico en la Comuna Rural de Santa Ana, ubicada al sur de la provincia de Tucumán, en la región noroeste de la República Argentina, encontramos que el invisible y devaluado trabajo doméstico de “preparar el almuerzo” irrumpió y cobró relevancia particular dentro de las trayectorias locales del mundo del trabajo en distintas etapas históricas (desde fines de la década del 60 hasta la década que se inicia en 2010). El artículo se propone analizar dichos hallazgos a partir de la hipótesis según la cual el rol de las mujeres y los usos del trabajo doméstico no remunerado de “preparar el almuerzo” tienen un doble significado. Por un lado, abonan a la reproducción del capital a través de favorecer la reposición de la fuerza de trabajo presente y futura. Por el otro lado, esos roles socialmente asignados también se utilizan para trascender las fronteras del hogar de diversas maneras, ya sea para la “alimentación”

1 El artículo es parte de mi investigación de Doctorado en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires) que se desarrolla en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL) y que cuenta con el financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET).

2 Licenciada en Ciencias Antropológicas. Becaria doctoral CEIL-CONICET. Correo electrónico: kariciolli@gmail.com ORCID <https://orcid.org/0000-0002-4719-0740>

de luchas y estrategias colectivas como para la producción de bienes consumibles que construyen rutinas, identidades y costumbres que forman parte de la configuración de las familias de las clases trabajadoras.

PALABRAS CLAVE

GÉNERO. TRABAJO DOMÉSTICO NO REMUNERADO. TRABAJADORAS. MERCADO DE TRABAJO.

Food for Capital and the Working Class: Uses of Unpaid Domestic Tasks in an Agro-industrial Town in the South of Tucuman

ABSTRACT

Based on an ethnographic research in a rural town called Santa Ana, which is located in southern part of the Tucuman province (northwestern region of Argentina), we found that the invisible and depreciated domestic task of “preparing lunch” invaded and became particularly relevant within local trajectories of the job market in different historical periods (since the late 60’s up to the present). The article analyzes that finding based on the hypothesis that the role played by women and of the uses of the unpaid domestic task of “preparing lunch” has a double meaning. On the one hand, they participate in the reproduction of capital through their contribution to the labor force in the present and the future. On the other hand, these socially assigned roles are also used to go beyond domestic barriers in different ways, be it to “feed” causes and collective strategies such as the production of consumer goods that build routines, identities, and customs, which are part of the configuration of working-class families.

KEYWORDS

GENDER. UNPAID DOMESTIC LABOR. WORKER. JOB MARKET.

INTRODUCCIÓN

Ana³ no tiene muchos recuerdos sobre la experiencia laboral de su padre, obrero azucarero del Ingenio Santa Ana, pero sí evoca una experiencia vivida en el año 1963 que le quedó grabada en su memoria y con la que todavía sueña: “Lo único que recuerdo, que sueño a veces, es cuando sabíamos traerle [a mi papá] la comida para el ingenio cuando estaba por cerrar. Sabíamos traer porque estaban adentro del ingenio ellos (...)” (Ana, comunicación personal, agosto, 2016).

María, al detallar su experiencia laboral en la fábrica textil y de calzado “Alpargatas” durante la década de los noventa, recuerda el ritual cotidiano que significaba dejar el almuerzo preparado para su familia antes de ir a trabajar:

Por la fábrica he tenido pocos hijos, tres hijos. (...) ella [señala a su hija] tenía ocho años y el otro tenía tres (...) yo le hacía el guiso, todos los días, le preparaba para que ella le eche el fideo, nomás, ya le dejaba en el jarrón el agua. Y eso comían ellos hasta que iban a la escuela. (...) ¡Y él [su hijo], por ejemplo, me reclama, siempre! Dice que la Carola lo crió a él... que yo ni cuando él se ha recibido en el colegio, yo no he ido porque estaba trabajando (...) (María, comunicación personal, agosto, 2016).

Beatriz, referente de la Cocina Comunitaria Santaneña, proyecto cooperativo impulsado por un espacio político de Santa Ana, expresa su sentimiento al comenzar a participar en el proyecto:

Cuando he comenzado en la cocina ha sido la alegría más grande para mí. Yo soy separada. Tengo cuatro chicos y dos nietitos. Y bueno, al ser madre, tenés todo a cargo. (...) Cuando empezamos con la cocina nos reíamos porque era un desafío, era cocinar para muchos... (Beatriz, comunicación personal, agosto, 2017).

Las tres mujeres son nacidas y criadas en la Comuna Rural de Santa Ana, pueblo del sur tucumano donde se configuró, desde principios del Siglo XX y al calor de la agroindustria azucarera, una clase obrera industrial que a mediados de siglo sufrió un proceso de reconfiguraciones –con historias de desempleo, migraciones laborales y fragmentaciones

3 Los nombres utilizados en todo el artículo son ficticios, para preservar la identidad de las entrevistadas.

laborales– a partir del cierre del ingenio y del arribo de la planta textil y de calzado Alpargatas S.A.⁴ en el año 1972, que absorbió a una parte de la mano de obra desempleada.

A través del registro y análisis de historias de vida de mujeres, recopiladas luego de un extenso trabajo etnográfico en la Comuna Rural de Santa Ana, encontramos que el invisible y devaluado trabajo doméstico de “*preparar el almuerzo*” irrumpe y cobra relevancia dentro de las trayectorias locales del mundo del trabajo. Así, el análisis acerca de cómo se produce y qué se produce al preparar el almuerzo en las familias trabajadoras, permite ampliar el panorama acerca de las transformaciones dentro de los universos laborales locales y los usos que la clase trabajadora y el capital hacen del trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo y de cuidado en los diferentes períodos históricos.

En el artículo proponemos analizar los usos del trabajo doméstico de reproducción y de cuidado –específicamente el trabajo de “preparar el almuerzo”– en tres períodos históricos diferentes que transitó la Comuna de Santa Ana: la última etapa de funcionamiento del ingenio azucarero a fines de los años 60, el auge de la industria textil en la década del 90 y el período que se inicia desde el año 2015 en el cual comenzaron a producirse suspensiones en la fábrica textil que derivaron en una etapa de despidos masivos anunciados en el año 2018.

El artículo se organiza en tres apartados. En el primero se realiza una caracterización situada de las etapas anteriormente mencionadas a partir de una articulación entre género y mercado de trabajo. En el segundo se analiza el trabajo doméstico de “*preparar el almuerzo*” a partir de uno de los significados que recuperamos, aquel que abona a la reproducción del capital a través del favorecimiento de la reposición de la fuerza de trabajo presente y futura, con foco en los dos primeros períodos –década del 60 y década del 90–. Por último, el tercer apartado se propone comprender de qué manera esos roles socialmente asignados también se utilizan para trascender las fronteras del hogar de diversas maneras, ya sea para la

4 Se trata de una empresa de origen nacional, creada en el año 1885 que fue comprada en el año 2007 por el grupo económico brasilero Camargo Correa y luego vendida, en parte, al holding internacional J&F Investments, el mayor grupo económico de Brasil. En el año 2013 finalizó el proceso de adquisición de Alpargatas Argentina por parte de Alpargatas Brasil, constituyéndose de esta manera en uno de los casos más emblemáticos de empresas de origen local incorporadas a conglomerados transnacionales. Ver Ciolli (2016).

“alimentación” de luchas y estrategias colectivas como para la producción de bienes consumibles que construyen rutinas, identidades y costumbres que forman parte de la configuración de las familias de las clases trabajadoras. Para ello se toman las tres etapas históricas mencionadas (década del 60, década del 90 y la década que se inicia en el año 2010).

El abordaje metodológico se basa en un análisis del trabajo etnográfico realizado en la Comuna Rural de Santa Ana que consistió en tres viajes en el transcurso de los años 2015-2017 en los cuales se desarrollaron observaciones participantes, entrevistas abiertas e historias de vida a diversos actores de la comunidad. En cada uno de los testimonios buscamos analizar, a la luz de la trayectoria vital de los sujetos y de sus experiencias y memoria oral, el universo de las relaciones sociales enmarcadas en el mundo laboral. Si bien hemos realizado más de treinta entrevistas a lo largo del proceso de investigación en Santa Ana, para el artículo serán utilizados algunos casos específicos, fundamentalmente tres historias de vida de mujeres, que resultaron significativas y representativas para el análisis de la temática propuesta en el artículo.

GÉNERO Y MERCADO DE TRABAJO EN SANTA ANA

En la historia de Santa Ana se expresan los vaivenes por los cuales a nivel general transitó la provincia de Tucumán en los últimos cincuenta años. Cada una de las historias de vida de las mujeres que escogimos para este artículo grafican los principales mojones que caracterizaron el mundo laboral dentro de la comuna, a saber: la configuración azucarera que acaparó prácticamente todo el mercado laboral local –aunque diverso y fragmentado– hasta fines de la década del 60; el desarrollo industrial textil, con la llegada de la Fábrica Alpargatas, que incorporó a una porción importante de la población Santa Ana; y, por último, la profundización de la informalidad y la fragmentación del mercado laboral que creció a partir de los años 2000, agravándose a partir del año 2015 (momento en el que comenzaron suspensiones en la planta textil y en talleres aledaños hasta llegar a una etapa de despidos masivos en el año 2018). En cada una de estas etapas focalizaremos en los roles que asumieron las familias y particularmente las mujeres, con el objetivo de analizar las transformaciones y significados de los usos del trabajo reproductivo y de cuidado.

La Comuna Rural de Santa Ana, ubicada en el Departamento de Río Chico, al sur de la provincia de Tucumán (región noroeste de la República Argentina), se configuró a partir de la expansión del cultivo de caña de

azúcar. La demanda de mano de obra que acompañó la fundación del Ingenio Santa Ana en el año 1898, motivó la formación de la comuna con una gran afluencia de migrantes de distintas partes del país, fundamentalmente del noroeste argentino. Santa Ana se conformó como uno de los más importantes enclaves productivos que formaron parte del “despegue azucarero” (Campi, 2009).

Los pueblos nacidos al calor de la agroindustria azucarera –dentro de los cuales Santa Ana era uno de los más importantes de la región– se organizaron a partir de un modelo de familia patriarcal donde la mano de obra masculina se constituía en la principal proveedora no solo del salario familiar, sino también del acceso a la vivienda: “En una agroindustria cuya mano de obra era mayoritariamente masculina, salario y techo eran dos variables que solo los obreros podían garantizar, arista que incidió en la conformación de una cultura patriarcal azucarera” (Gutiérrez, 2013: 3). Más allá de la fragmentación del mercado laboral, donde coexistían empleados, obreros permanentes y temporarios del ingenio y peones de “surco”⁵ permanentes y temporarios, el modelo familiar giraba en torno de la figura del varón “proveedor”.

Esto no significa que las mujeres no hayan participado en la industria azucarera. Las mismas cumplieron diversos roles dentro de la producción tanto en el interior de los ingenios (como cosedoras de bolsas o como empleadas administrativas) como en el surco trabajando en la cosecha de la caña (Gutiérrez, 2013). Tal como sostiene De Arce (2015, 2016) existe un subregistro de las fuentes escritas para conocer a fondo el rol de las mujeres en el trabajo rural de la caña de azúcar, por lo cual se hace necesario recurrir a fuentes orales. En primer lugar, porque muchas de ellas estaban registradas como varones para cobrar sin la intermediación de padres, maridos o hermanos; y en segundo lugar porque en los censos las respuestas de las mujeres se encontraban condicionadas ya sea por la presencia masculina o por el no reconocimiento de sus labores. Si bien la autora reconoce la destacable masculinización de las tareas rurales en las fincas tucumanas, sostiene que las mujeres ocupaban un lugar primordial en la producción agraria, fundamentalmente en los emprendimientos familiares.

5 Se llama trabajadores del surco a los que se dedican a las tareas de recolección y cosecha de caña de azúcar.

El cierre del Ingenio Santa Ana –en el marco del cierre de 11 ingenios azucareros del sur tucumano por parte de la dictadura encabezada por Juan Carlos Onganía en el año 1966– generó una profunda transformación que dejó secuelas hasta el día de hoy en la comuna y, a nivel general en la realidad tucumana, reconfigurando tanto el mercado laboral como las formas de organización familiares. A nivel económico, la provincia vio afectada su principal economía y, por lo tanto, su mercado laboral, en el que se calcula una pérdida de entre 40.000 y 50.000 empleos (Sorairé, 2013; Nassif, 2015). Este fenómeno generó una emigración masiva de tucumanos y tucumanas –aproximadamente 200.000 (Nassif, 2016)– hacia diferentes partes del país, fundamentalmente hacia la capital tucumana o hacia el conurbano de la Provincia de Buenos Aires.

Este proceso formó parte del llamado “Operativo Tucumán” (Ramírez, 2008; Sorairé, 2006; Nassif, 2016) que en el marco del “plan para erradicar el monocultivo”⁶ significó tanto el cierre de los ingenios considerados como los menos productivos, como la creación de regímenes de trabajos transitorios (limpieza de canales y participación en obras públicas) que aumentaron los índices del trabajo estacional, informal y precarizado. A su vez, dentro del mismo plan se estableció un régimen de promoción industrial para la radicación de industrias que no utilizaran la caña de azúcar como materia prima principal en la zona de influencia de los ingenios cerrados. Si bien la afluencia de industrias no fue la esperada por parte de las autoridades provinciales, algunas de las plantas industriales que se radicaron en el sur tucumano fueron: Textil Lules, Algodonera San Nicolás S.A., Fabulosos de Tucumán S.A., Tecotex, Grafanor S.A., Alpargatas S.A., Panam S.A., Robert Bosch, Saab Scania, entre otras (Sorairé, 2013).

La Fábrica Argentina de Alpargatas se instaló en el año 1971 en el Municipio de Aguilares, a 12 kilómetros de la Comuna Rural de Santa Ana. A pesar de las quejas por parte de la población respecto de la ubicación de la planta –se reclamaba que la misma se ubicara en la comuna y no en Aguilares donde aún continuaba funcionando el ingenio azucarero de dicho municipio– las autoridades de la fábrica se comprometieron a que el 80% de su personal –de un total de 1200 operarias mujeres y 600 operarios varones– correspondería a habitantes de Santa Ana.

6 Así se tituló el proceso en la tapa del diario Clarín del día 22 de agosto de 1966.

El solo anuncio de la apertura de la fábrica en la zona de influencia de la Comuna Rural significó la posibilidad de retornar al lugar de origen. Es así como parte de la juventud de Santa Ana volvió a sus hogares luego de haber transitado por experiencias complejas de migración. El regreso al pueblo no significaba el ingreso a la empresa de manera directa, en muchos casos pasaron meses o años hasta que lograron conseguir un puesto dentro de la fábrica y en otros casos no lograron ingresar. Sin embargo, la promesa que nacía con la llegada de Alpargatas se experimentaba no solo como expectativa, sino como un verdadero motor que regía los movimientos demográficos en Santa Ana.

Como se mencionó, la fábrica empleó mayoritariamente a personal femenino, fenómeno que se replicó en otras fábricas textiles ubicadas en el sur tucumano. Este proceso produjo transformaciones dentro del mercado laboral de la provincia de Tucumán. Además de las migraciones masivas que mencionamos, se produjo una distribución diferente entre la fuerza de trabajo masculina y femenina:

La población masculina económicamente activa [en la Provincia de Tucumán] ha disminuido y, por el contrario, la población femenina activa ha aumentado, sobre todo en las décadas de los años 60 y 70, produciéndose un estancamiento durante la década del 80. Lo que permite deducir que se modificó paulatinamente la composición de los miembros del mercado laboral. El número de mujeres fue creciendo: en 1960 correspondía el 22%, en 1970 el 25% y en 1980 el 27% (Sorairé, 2006: 262).

Si bien es posible admitir que este fenómeno significó un proceso de feminización de la fuerza de trabajo por la incorporación masiva de la mujer a la industria (Sorairé, 2006) consideramos que es necesario relativizar el concepto de “feminización de la fuerza de trabajo”. En primer lugar, porque, como mencionamos anteriormente, la mujer siempre ha participado en la industria, en este caso en la industria azucarera, de diversas maneras. Y en segundo lugar, porque su participación masiva en la industria no se tradujo en un mayor reconocimiento social. Vale mencionar al respecto que, a pesar de su mayor peso numérico en las fábricas, el gremio textil local se conformó como un sindicato compuesto mayoritariamente por varones.

De todas maneras, la incorporación masiva de mujeres a la gran industria y a una jornada laboral extendida significó una transformación radical en la vida de las mujeres y de las familias de las obreras. Según datos obtenidos durante nuestra investigación, registramos que Alpargatas empleó, en su

mayoría, a mujeres que no habían tenido experiencia laboral remunerada anteriormente o que trabajaban en casas de familias en horario reducido. Por lo tanto, la incorporación a una jornada extendida implicó una modificación en los ritmos de vida habituales, teniendo que elaborar diversas estrategias para conciliar el mundo laboral y el mundo del hogar. Estrategias que no fueron inocuas para la salud de las trabajadoras. En una charla con un exgerente de la firma, él mismo nos relató los problemas de salud que tuvieron las obreras ni bien comenzaron a trabajar: “(...) empezamos a trabajar y se nos empiezan a caer mujeres, desvanecidas, con ataque de histeria, vómitos, unos cuadros de los más raros” (Antonio, comunicación personal, diciembre de 2017). No es el eje del presente artículo analizar las relaciones laborales en el interior de la planta, sin embargo, es interesante señalar cómo la disciplina fabril aumentó el desgaste de energía de las obreras en sus múltiples roles asignados (madres, esposas, obreras, trabajadoras domésticas).

La crisis que se produjo en la Comuna con el cierre del Ingenio Santa Ana no fue la única ni la última que vivieron sus habitantes. A fines del año 2000 la Fábrica Alpargatas cerró sus puertas suspendiendo a todo su personal, tal como sucedió con la totalidad de plantas de la empresa situadas en diferentes puntos del país. Transcurrieron más de dos largos años de agonía y de búsqueda de estrategias laborales hasta que en mayo del año 2002 la planta de Tucumán reabrió, aunque con una disminución del 50% de su personal, porcentaje que no se revirtió exceptuando determinadas temporadas puntuales en las cuales se contrató personal eventual.

De esta manera, el empleo industrial se achicó en Santa Ana y, exceptuando el trabajo estatal dentro de la Comuna, en las escuelas o en el hospital, las posibilidades de trabajo estable se fueron achicando cada vez más. La mayor parte de la población se dedica hoy a la actividad cañera (que se mantuvo a pesar del cierre del Ingenio para la provisión de otros ingenios cercanos, ocupando a personal temporario para la siembra y cosecha de la caña en épocas de zafra⁷) y a la cosecha del limón y el arándano como parte de las llamadas “economías regionales”⁸. A su vez,

7 La actividad de zafra, que ocupa anualmente a un conjunto importante de trabajadores, presentó este año (2018) una fuerte crisis producto del cierre del Ingenio Santa Bárbara, ubicado frente a la planta de Alpargatas y donde trabajaban (en el interior del mismo o en la zafra) muchos habitantes de Santa Ana.

8 Denominamos economías regionales a los espacios productivos agrarios territorializados por fuera de la pampa húmeda y que requieren de un proceso de mano de obra intensiva por la escasa incorporación tecnológica.

una vez que finaliza la cosecha en Tucumán aumenta en el pueblo la cantidad de “trabajadores golondrinas”⁹ que viajan a diferentes provincias como Mendoza, Río Negro o San Juan, en búsqueda de oportunidades laborales. Este tipo de trabajos tienen escasa regulación e implican un riesgo importante para quienes viajan, sufriendo en muchas oportunidades accidentes, tal como nos comentaba el delegado comunal de Santa Ana en el año 2016:

(...) Son más de 1200 chicos que se van afuera. Van a la manzana, a la uva, a la aceituna, eso es todos los años. ¡Y casi siempre hay accidentes, casi todos los años venimos perdiendo uno, dos, todas las situaciones... no te imaginás la cantidad de micros... en la época de diciembre, no sabes, es de triste... cuando vos venís acá en diciembre, enero, y ves los micros acá, micros de larga distancia, es una tristeza! Familias llorando cuando se van... es duro. Esa es la situación más dura que pasamos (Diego Reales. Comisionado Comunal, comunicación personal, agosto, 2016).

Como se expresa en el relato, los trabajadores que se van lo hacen en condiciones de inestabilidad, precariedad e inseguridad. En el pueblo quedan sus familias y son, por lo tanto, las mujeres quienes en esos períodos deben elaborar estrategias para sostener económicamente los hogares y el cuidado de los niños y niñas.

Desde el cierre del ingenio, aún en diferentes contextos de mayores o menores posibilidades laborales, las familias trabajadoras de Santa Ana vienen sufriendo procesos de incertidumbre, pérdidas de lazos familiares y búsqueda de estrategias laborales para sobrevivir, donde generalmente son las mujeres las que garantizan la alimentación cotidiana de las familias.

EL ALIMENTO DEL CAPITAL: EL TRABAJO NO REMUNERADO DE REPRODUCCIÓN Y DE CUIDADO

El trabajo doméstico no es una labor naturalmente femenina, sin embargo, así ha sido construida históricamente. En el capitalismo, la división sexual del trabajo, derivada de las condiciones en las que se produce la fuerza de trabajo, asigna a las mujeres de la clase trabajadora, como se advierte en los tres casos de las mujeres mencionados en la introducción, las tareas

9 Término que hace alusión a los trabajadores que viajan a otros lugares diferentes a su lugar de origen donde hay trabajo y viven como las aves, “de paso” en esos lugares mientras dure la temporada.

domésticas. Relegado a la esfera familiar, el trabajo doméstico no remunerado se legitima a partir de relaciones afectivo-familiares. De esta manera, el trabajo de preparar el almuerzo por parte de las mujeres de la familia se fortalece a partir de ser portador de ciertos valores morales, tales como el cuidado y el afecto¹⁰ (Pérez, 2014). Son las mujeres de las familias trabajadoras las que aseguran la realización del trabajo doméstico, sean ellas madres, esposas, tías, hijas o hermanas. En los primeros dos casos (el de Ana, hija del obrero azucarero; y el de María, obrera textil) las hijas mujeres son las que asumen un rol protagónico en la preparación del almuerzo.

Madres, esposas o hijas son, entonces, las que al preparar el almuerzo producen los bienes que serán inmediatamente consumidos por la familia para su reproducción, y, por lo tanto, las que garantizan la reproducción de la mercancía más peculiar para el sistema de producción capitalista: la fuerza de trabajo. De esta manera, al garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, las mujeres también producen el alimento de la industria, es decir, la parte de trabajo que no es remunerada, pero de la cual se vale el capital para mantener su ciclo de acumulación.

Pero el trabajo doméstico feminizado no solo abona a la reproducción material de la fuerza de trabajo, sino que, tal como advierte Silvia Federicci (2010, 2018), el mismo supone un proyecto político a largo plazo de reproducción de la hegemonía capitalista. A través del concepto “patriarcado del salario”, Federicci (2018) encuentra que el trabajo no remunerado que realizan las mujeres no solo garantiza el alimento diario, el cuidado físico, emocional y sexual y la crianza de los futuros trabajadores –asegurando la disponibilidad de una fuerza de trabajo estable y disciplinada–, sino que, además, se convierte en el pilar de un poder disciplinar a partir del cual el varón asalariado se convierte en supervisor del trabajo no pagado de la mujer y en el creador de jerarquías dentro del hogar que engendran violencia latente.

Este esquema, propio del modelo de familia nuclear que Federicci sostiene que se impuso desde 1870 en adelante, no se quiebra con la incorporación de la mujer al ámbito laboral y por lo tanto a la obtención de un

10 A través del análisis de testimonios judiciales donde se intentaba probar relaciones laborales durante los años 1956-1974, Inés Pérez (2014) encontró que las relaciones afectivas eran utilizadas tanto por parte de la patronal como por parte de las trabajadoras para delimitar el trabajo doméstico remunerado y el no remunerado. Así, la afectividad ha sido utilizada tanto para negar como para probar derechos laborales.

salario por parte de la misma, sino que se profundiza, dado que la casa y la familia continúan siendo los centros de producción de las fuerzas del trabajo: “Lograr un segundo empleo nunca nos ha liberado del primero. El doble empleo tan solo ha supuesto para las mujeres tener incluso menos tiempo y energía para luchar contra ambos” (Federicci, 2018: 31).

A través del concepto de “doble presencia”, Laura Balbo (1978) conceptualizó el uso de los tiempos de las mujeres a partir de su incorporación masiva en el mercado de trabajo, repartiendo su tiempo entre un trabajo remunerado en el mercado y el trabajo doméstico del hogar. Así, el concepto de doble presencia implicó reconocer la diversidad de estrategias elaboradas por las mujeres para su presencia, disponibilidad, gestión y cuidados en el doble ámbito de trabajo (mercado y hogar). Más adelante, se utilizaron los términos de “doble o triple” jornada de trabajo para describir la multiplicidad de roles que han asumido las mujeres en los últimos años.

La conceptualización acerca de las tareas de “cuidado”, a su vez, ha abonado, desde los enfoques de género, al campo del mundo laboral. Tal como sostienen Molinier y Arango (2011) el paso del concepto de trabajo doméstico al de cuidado permitió hacer foco de las dimensiones emocionales, morales y simbólicas del trabajo. Entendido como “las herramientas fundamentales para el desarrollo físico, intelectual y emocional de los sujetos” (Mingo, 2016: 42), las tareas de cuidado fueron históricamente delegadas a las familias, es decir, al ámbito privado del hogar, y, particularmente, a las mujeres.

Desde el punto de vista de Esquivel (2011) la “economía del cuidado” ha resultado más potente que los conceptos de “trabajo no remunerado” y “trabajo doméstico”, en el sentido de enmarcar dicho trabajo en el debate respecto de las políticas públicas y, así, correrlo del terreno de lo privado. Si bien compartimos con la autora que el trabajo de cuidado permite colocar dicha tarea en el plano público, los contextos sociales como en el que se enmarca Santa Ana, muestran que frente al “descuidado” de las políticas públicas, es en el ámbito privado donde se resuelven tales tareas. Más allá del rol que tanto el Estado como los sindicatos han asumido en algunos períodos respecto de las tareas de cuidado, tales como educación, salud y seguridad social (dependiendo de las diversas épocas, espacios geográficos y clases sociales) es en el ámbito privado del hogar donde se refuerzan, se acompañan o se saldan dichos cuidados “colectivos”. Tal es el caso de las familias de las clases trabajadoras de Santa Ana, las cuales

deben asumir dichos trabajos, profundizándose los procesos de desigualdad social y de género (Navarro y Rico, 2013).

Los casos de Ana (hija del obrero azucarero) y de María (obrero de Alpargatas) nos permiten recuperar la circulación de sentidos que en la vida cotidiana tienen los trabajos socialmente asignados a las mujeres. Sin desconocer los debates que existen en torno de los conceptos de “trabajo reproductivo”, “trabajo doméstico no remunerado” y “trabajo de cuidado”, nos focalizaremos en comprender cómo el trabajo “privado” de preparar el almuerzo “alimenta” al capital, tanto desde el punto de vista reproductivo (material, emocional y de cuidado de la clase trabajadora) como desde el punto de vista del sostenimiento de un sistema social y cultural portador de valores capitalistas y patriarcales.

El caso de Ana resulta ilustrativo respecto de la primera etapa que caracterizamos en el primer apartado, el de auge de la industria azucarera. La masculinización de la mano de obra en el interior del ingenio reforzaba la retención de la mujer en el hogar, por lo tanto, las hijas mujeres cumplían el rol de ayuda y acompañamiento de sus madres en las tareas domésticas y de cuidado. Madres e hijas eran las encargadas de trasladar el almuerzo a sus padres y maridos en sus lugares de trabajo. Traslado que no era tarea sencilla: en el caso de Ana y su madre, por ejemplo, implicaba una caminata de más de 8 kilómetros, en pleno mediodía, para llegar desde una lejana colonia agrícola hasta el casco urbano de la ciudad donde se encontraba la fábrica. Así, los ritmos y la disciplina fabril se extendían a todas las esferas sociales, incluido el ámbito doméstico.

El momento de almuerzo, que duraba unos pocos minutos comparados a los tiempos de preparación y traslado del mismo, significaba un momento de encuentro familiar, aunque breve y reglado por la disciplina laboral. Así, junto con Federicci (2018), consideramos que, convertidos en placer y tiempo libre, los momentos de descanso de los varones invisibilizan los tiempos de las mujeres dedicados a reponer la fuerza de trabajo:

El tiempo que consumimos en la «fábrica social», preparándonos para el trabajo o yendo a trabajar, restaurando nuestros «músculos, nervios, hueso y cerebros» mediante cortos almuerzos, sexo rápido, películas... todo esto es disfrazado de placer, de tiempo libre, aparece como una elección individual (Federicci, 2018: 39).

La preparación del almuerzo en el caso de Ana no solo producía el bien tangible que era inmediatamente consumido por su padre –fundamental para la reproducción de la fuerza de trabajo, tal como mencionamos anteriormente–, sino que también procuraba el cuidado del obrero desde el punto de vista de la contención emocional, necesaria para sostener jornadas de trabajo que, en la mayoría de los casos, se extendían a 10 o 12 horas diarias. Como ilustración de la necesidad de los obreros de contar con espacios de placer y tiempo libre frente a la disciplina laboral, en su biografía sobre la vida cotidiana en Santa Lucía (otro pueblo del sur tucumano) Lucía Mercado (2007) relata que además de la comida, trasladaban una bebida “espirituosa”: “(...) en una mano iba este atadito [con comida] y en la otra un gran termo, afirmado en nuestro cuerpo, para que no se rompiera, que no llevaba café, ni té, ni mate, ni leche: llevaba vino con soda con lo que se acompañaba” (Mercado, 2007: 84).

Esta contención material y emocional de los obreros, en un modelo de acumulación de capital centrado en la producción agroindustrial azucarera, fijaba el modelo patriarcal dominante en el cual la disciplina extendida (Figari, et al., 2018) de la fábrica al hogar definía los roles de feminidad y masculinidad. ¿Qué pasaría con aquellos obreros que no contaban con mujeres (madres, esposas o hijas) que les acercaran el almuerzo? Más allá de la posibilidad de suplantar el plato de comida a través de la compra en algún almacén cercano, se desacoplaban del modelo de familia y de masculinidad imperante, con los costos emocionales que eso implicaba.

Como mencionamos en el apartado anterior, el desacople con los ritmos de vida ya instaurados en la época del ingenio no significó que las mujeres abandonaran su rol de reproductoras, sino que la carga doméstica siguió pesando sobre ellas. El caso de María, la obrera textil que ingresó a trabajar a Alpargatas en la década del 90, nos permite conocer cuáles fueron las particularidades de las mujeres en esa transformación del mercado laboral. El recuerdo de María se sitúa, entonces, en el contexto en el cual cientos de mujeres fueron reclutadas por Alpargatas, fundamentalmente para el trabajo de costura o “aparado” (como se conoce el oficio de costura de la capellada: tela de arriba de la zapatilla).

A través de sus memorias acerca de la organización del almuerzo familiar es posible analizar la demanda de energía tanto por parte de la jornada laboral remunerada en la planta textil como de la jornada de trabajo doméstico no remunerado que implicaba gestionar, organizar y delegar las tareas domésticas aún en su ausencia. Además del tiempo transcurrido adentro de la planta –la planta siempre contó con dos turnos rotativos (de 6 a 14 h. y

de 14 a 20 h.) y un turno noche solo para operarios (de 20 a 6 hs.)— las empleadas debían sumar el tiempo de traslado a la fábrica. En la mayoría de los casos las empleadas no vivían en el casco central de la Comuna, con lo cual los traslados restaban tiempo para el trabajo doméstico dentro de la “fábrica social”. Así lo recuerda María: “Venía hasta aquí [casco central de Santa Ana] iba a la terminal, (...) son 5 kilómetros de la colonia hasta aquí (...) dejaba la bicicleta en una casa y tomaba el Trébol, que era el que nos llevaba” (María, comunicación personal, agosto de 2016).

Por lo tanto, la jornada fabril y el traslado implicaba que María no pudiera estar presente en el horario de almuerzo familiar, por lo tanto, requería de su reemplazo, por parte de su hija, en las tareas domésticas del hogar, fundamentalmente en la preparación del almuerzo y en el cuidado de los hermanos. Sin embargo, a pesar de su ausencia, María no se abstraía de dicho trabajo, sino que elaboraba los pasos previos del almuerzo para que en el horario del mismo su hija pudiera realizar el último paso y luego servir el almuerzo para ella y sus hermanos: “(...) yo le hacía el guiso, todos los días, le preparaba para que ella [su hija mayor] le eche el fideo, nomás, ya le dejaba en el jarrón el agua. Y eso comían ellos hasta que iban a la escuela. ¡Todos los días guiso!” (María, comunicación personal, agosto de 2016).

A pesar de la energía que significaba “*dejar todo preparado*” para que el almuerzo esté garantizado, el reemplazo de María por parte de su hija solo cubría el aspecto material, no así el emocional. Los reproches del hijo de María indican aquellos mandatos culturales de las mujeres que, al no ser cumplidos, recaen como irresponsabilidad, falta y descuido:

Ya ha crecido él [su hijo]... él es guardia cárcel, trabaja en la cárcel en Concepción. Y él, por ejemplo, me reclama, siempre. Dice que la Carola [su hija mayor] lo crió a él... que yo ni cuando él se ha recibido en el colegio, yo no he ido porque estaba trabajando (María, comunicación personal, agosto, 2016).

Los reproches del hijo de María, aún siendo adulto y habiendo transcurrido muchos años de su experiencia de niño, refuerzan y recuerdan permanentemente el lugar socialmente asignado a las mujeres. De esta manera, a través de los *reclamos*, los varones de las familias trabajadoras (padres, hijos o maridos) sustentan la disciplina que, oculta tras las relaciones afectivo-maternales, refuerzan la obligación moral de las mujeres en su rol de cuidado, crianza y realización de las tareas domésticas, a pesar de ser, junto con los hombres, proveedoras de un salario industrial.

Al igual que la preparación del almuerzo, los tiempos de crianza, cuidado, contención y acompañamiento de hijos y maridos forman parte de las principales preocupaciones familiares que recaen sobre las mujeres, tengan ellas un trabajo remunerado externo (como el caso de María) o no (como el caso de Ana).

Dicha preocupación juega un rol fundamental en la planificación familiar, la frase de María: “Por la fábrica he tenido pocos hijos, tres hijos. Porque se imagina, me costaba criarlos...” manifiesta, por un lado, la adjudicación naturalizada de la tarea de crianza a las mujeres. Pero, por otro lado, expresa también el reconocimiento de que la crianza implica un esfuerzo y un trabajo muchas veces incompatible con el trabajo fuera del hogar. Este reconocimiento forma parte de las significaciones que permiten desacralizar las tareas de crianza, corriéndolas del lugar de “amor maternal incondicional” y colocándola dentro del marco de tareas que requieren un desgaste de tiempo, energía y esfuerzo por parte de las mujeres.

Los casos de Ana y de María permiten asegurar que a pesar de las profundas transformaciones que sufrió el pueblo y, por lo tanto, el mercado laboral –de un pueblo regido por los ritmos de la agroindustria a la fragmentación laboral y, por lo tanto, al desacople de ritmos familiares e industriales, de estar fuertemente centrado en los varones trabajadores, a la masiva participación de las mujeres en la industria–, el rol socialmente asignado a las mujeres, dentro del cual enmarcamos el trabajo de preparar el almuerzo, no fue modificado. Esta persistencia forma parte del “alimento” que, aunque invisibilizado y ejercido y controlado dentro del ámbito privado, necesita el capital para el desarrollo material, moral y emocional y para la jerarquización y fragmentación de la clase trabajadora.

LA COCINA DE LA CLASE: LA RESIGNIFICACIÓN DE LOS ROLES SOCIALMENTE ASIGNADOS

El trabajo de reproducción y de cuidado es, como vimos en el caso de Ana, una labor sustancial para el alimento de la fuerza de trabajo pero que en lugar de ser remunerada se oculta tras relaciones afectivas y de cuidado. A su vez, el caso de María mostró que dicho trabajo es también una labor cotidiana e invisibilizada pero que cobra relevancia cuando se percibe su “falta”, como en la delegación de la tarea de preparar el almuerzo o la ausentarse en la crianza permanente de los hijos.

Sin embargo, la riqueza de las historias de vida transmitidas a partir de conversaciones y relatos orales nos permitió arribar a otras

significaciones acerca de las tareas de reproducción y de cuidado. Encontramos que los relatos donde las mujeres narraban un hecho tan cotidiano como “preparar el almuerzo” formaban parte de fenómenos significativos en la vida de las familias trabajadoras.

La experiencia cotidiana con la que Ana todavía sueña –ir caminando con su madre a llevarle el almuerzo a su padre al ingenio– no solo retrata la cotidianeidad del mundo laboral durante la época del ingenio, sino que también se articula con una parte de la historia de Santa Ana que marcó un hito importante en el movimiento obrero tucumano, que fue la ocupación del ingenio Santa Ana por parte de los trabajadores frente al intento de cierre del mismo¹¹.

El 16 de febrero del año 1963, durante el gobierno de facto encabezado por José María Guido, se ordenó la liquidación del Ingenio Santa Ana y se envió a gendarmes para rodear las instalaciones fabriles. Mientras los obreros se atrincheraron en el interior de la fábrica, los gendarmes conformaron un cordón humano que impidió la comunicación entre los obreros y sus familias.

Para sortear el cordón policial se elaboró una ingeniosa estrategia, que fue la de utilizar los túneles que tenía el Ingenio para los desagües – los cuales comunicaban las chimeneas del ingenio con el parque Santa Ana– para ingresar comida y así garantizar la ocupación del ingenio. Así lo recuerdan algunas familias de Santa Ana: “Los chicos de ese entonces, que tenían 7, 8, 10 años, hoy setentones ellos, se metían, porque había 5000 obreros adentro, llevaban la comida, el agua, todo, para que la huelga pueda seguir, porque estaban rodeados por la Policía Federal” (David, comunicación personal, agosto de 2016).

Obrero Alpargatas: Se acuartelaron adentro del ingenio para impedir el cierre. Era una pelea impresionante, ha venido gendarmería para sacar a la gente.

Ana: Claro. Y yo me acuerdo que sabíamos traerle la comida con mi mamá, yo me acuerdo de eso (Ana y Mario, comunicación personal, agosto, 2016).

De esta manera, el almuerzo no solo significaba la reposición de la fuerza de trabajo, sino que en este contexto era una de las condiciones fundamentales

11 Las protestas y la ocupación del Ingenio Santa Ana se incluyeron dentro de un plan de lucha en todo el país (con tomas de fábrica y huelgas masivas) donde la CGT adoptó un papel combativo y tuvo un alto acatamiento por parte de las bases obreras (Nassif, 2016).

para garantizar la ocupación de la fábrica. Insospechadamente, el trabajo doméstico de preparar el almuerzo adquiere en esta instancia un doble significado: producir el alimento de la industria –a través de la reposición no remunerada de la fuerza de trabajo– pero a la vez el alimento de la clase –a través de garantizar comida para asegurar la victoria de la medida de fuerza–.

Así como el trabajo doméstico femenino quedaba cotidianamente subordinado a la actividad “productora” del obrero azucarero, en la victoriosa ocupación del ingenio, reconocida por una extensa bibliografía histórica, el rol de las mujeres también quedaba opacado por la figura de los obreros ocupantes del establecimiento. Sin embargo, como vimos, la provisión de comida para garantizar la lucha es uno de los recuerdos cotidianos que están presentes en la memoria oral de las familias “santaneñas”¹².

Nos interesa vincular esta historia –donde el trabajo doméstico de preparar el almuerzo ocupó un lugar central en un conflicto abierto dentro de los procesos de lucha de clases en la historia local– con los otros dos casos (el de María, la obrera textil y el de Beatriz, la referente de la Cocina Comunitaria) con el objetivo de comprender los sentidos que asume para las familias de las clases trabajadoras la preparación del almuerzo más allá de la reproducción, en momentos en los cuales si bien no se desarrolla un conflicto abierto (como el de la ocupación de la fábrica), el lugar que ocupa el trabajo doméstico trasciende los límites del hogar.

Además de la tarea de reproducción que, como vimos, realizan las mujeres al dedicarse a las tareas domésticas, Francois (2008) consideró que el trabajo doméstico también es productor de bienes tangibles e intangibles. Tal como ilustra Vega Jiménez (2004) a partir del caso de la preparación y consumo del café en la esfera doméstica, la preparación del mismo trae aparejados bienes intangibles tales como identidad, estatus, privilegio, diferenciaciones de género y de clase. En este sentido, a partir de los bienes que se producen en el trabajo doméstico de *preparar el almuerzo*, y retomando el caso de María, la obrera textil, encontramos que la producción del *guiso*¹³ no solo crea un alimento calórico fundamental para la reproducción, sino que también construye rutina e identidad obrera.

12 Gentilicio de las personas nacidas y criadas en Santa Ana que es utilizado frecuentemente.

13 El llamado “guiso” es el nombre genérico dado a un tipo de preparaciones culinarias en las que se cuecen alimentos en una salsa. Se puede recurrir a cualquier tipo o mezcla de ingredientes. Existen ejemplos de guisados en todas las cocinas como puede ser la buseca, el frangollo, el guisado, el guiso a la criolla, el locro, el mondongo, el osobuco, el puchero, etcétera.

La preparación diaria del guiso, alimento ancestral del noroeste argentino, forma parte y construye rutina en las familias de la clase trabajadora. Al contener ingredientes económicos –así como la posibilidad de contener “sobras” de comida– y al poder ser preparado con anticipación, el guiso se convierte en una costumbre que penetra en la cotidianeidad de las familias trabajadoras. Desde el punto de vista antropológico, “las formas culturales de comer terminaron condicionando la necesidad biológica de hacerlo” (Aguirre, 2004: 1). En este sentido, el guiso o “comidas de olla” forma parte de las representaciones que los sectores populares construyen en torno de su cotidianeidad:

Los alimentos rendidores se consumen en forma de “comida de olla” la mejor opción para combinar pocas hornallas, poco menaje y poco tiempo de la mujer que al mismo tiempo es madre-cocinera-trabajadora y ama de casa. Esta comida de olla (guisos y sopas) se consumen en un tipo de comensalidad que trasciende a la familia y se abre a “los compañeros” porque donde la comida es un valor no se le niega a nadie un plato, todos los que están son bienvenidos. Las comidas se estiran con agua y pan y los lazos se afianzan cuando se pasa a ser “como de la familia” marcando la solidaridad de la pobreza frente a la individualidad excluyente de los otros sectores (Aguirre, 2004: 37).

En los registros recuperados por Campi (2009) acerca del análisis de la cotidianeidad de las familias trabajadoras durante el auge azucarero, el loco –variante del guiso realizado a base de carne, choclo y calabaza–, era el alimento principal de “la peonada”.

En los ingenios se solía suministrar loco en grandes bateas, de las cuales los trabajadores se servían con cucharas de madera. Pero lo más usual –hasta la huelga de 1904– era “la ración”, dos libras de carne, dos libras de maíz, unos gramos de sal y a veces algo de leña, que diariamente se entregaba a los trabajadores como parte del salario. Según los críticos del sistema, la calidad del alimento suministrado era mala y producía no pocos conflictos entre patrones y peones. La importancia que la cuestión de la ración adquirió en los primeros años del siglo XX fue tal que su supresión –junto al vale, la moneda privada de los ingenios– ha sido contabilizada como una de las grandes conquistas de la huelga de 1904 (p. 257- 258).

Campi encuentra que los obreros tobas empleados en los ingenios de Jujuy tenían como plato obligado brindado por dichos ingenios un loco “*con bastante agua, poco maíz y menos carne*”, motivo por el cual era una

comida que generaba rechazo a tal punto que desarrollaban tareas como pesca, caza y recolección en sus tiempos no laborales en busca de mejores y más abundantes alimentos.

De esta manera, el guiso forma parte de un alimento de larga tradición obrera y por lo tanto su preparación por parte de las mujeres de las familias trabajadoras no solo reproduce la fuerza de trabajo, sino que también crea y produce cotidianeidad e identidad obrera al ser parte del alimento consumido y a la vez cuestionado por parte de las clases trabajadoras del noroeste argentino. Las instituciones escolares tampoco quedaban fuera de esta tradición, tal como recuerda María:

(...) yo ahora el guiso no lo puedo ni ver. ¡No lo puedo ver al guiso! Cansada con el guiso. Encima mi hijo, el chiquitito tenía en la escuela, habían puesto un comedor, y me traía [guiso], porque él me quería traer todo para la madre, el varoncito... traía sándwich de guiso (risas) ¡Ay Dios! (María, comunicación personal, agosto, 2016).

El propio presente de María, signado por la instalación de un kiosco a partir de un retiro voluntario de la fábrica ocho meses antes de cumplir cuarenta años de antigüedad en Alpargatas, marca una ruptura con el consumo de un bien asociado a los tiempos fabriles –“*Yo ahora el guiso no lo puedo ni ver*”– y, de alguna manera, un intento de separación a una rutina y cotidianeidad de una experiencia obrera.

La preparación del almuerzo –y no cualquier almuerzo, sino el más práctico y económico, tal como es el “guiso”– trasciende los límites del hogar y construye identidad y a su vez, en este caso, expresa un rechazo a ciertos aspectos de la experiencia obrera, aquellos que denotan las condiciones de vida a la que son sometidas las familias trabajadoras bajo el capital.

Finalmente, el caso de Beatriz (representante de la “Cocina Comunitaria Santaneña”) nos permite vislumbrar el lugar que ocupa el almuerzo en tanto estrategia colectiva en contextos generalizados de crisis y vulneración de derechos. Vale mencionar que en los dos momentos de mayor crisis en Santa Ana –cierre definitivo del Ingenio Santa Ana y cierre por dos años de la planta de Alpargatas– fueron las mujeres las que a través de las “ollas populares” garantizaron la alimentación a las familias trabajadoras.

Este tipo de estrategias colectivas, tal como advierte Andujar (2013) forman parte del repertorio de acciones desarrolladas históricamente por las mujeres de las familias trabajadoras:

La puesta en riesgo de ciertos derechos y, por tanto, de la supervivencia de su familia o de la propia comunidad, puede dar lugar a que ellas activen sus redes comunitarias –gestadas en los espacios donde ellas circulan, tales como la salida de una iglesia, el mercado o las cooperadoras escolares– para enfrentar de forma colectiva a quien obstaculiza el ejercicio del cuidado para el que están preparadas (p.8).

Ese “ejercicio del cuidado” al que fueron adjudicadas las mujeres fue percibido por el grupo político TUCMA¹⁴ para la creación de un dispositivo, como es la Cocina Comunitaria¹⁵, a través del cual garantizar no solo la alimentación a las familias del pueblo, sino también hacerlo a través de una participación social y política. A diferencia de las “ollas populares” que surgieron inmediatamente como estrategia frente al cierre de las fábricas, la Cocina Comunitaria nació con el objetivo de establecer un proyecto autogestionado que trascienda la preparación de la comida. En palabras de uno de sus dirigentes:

Esto para nosotros es una herramienta tremenda, de formar un espacio, de organizarnos para garantizar un derecho... volviendo a esto de que los comedores tienen la idea esta de hacer caridad, de decir ‘los pobrecitos vamos a darles de comer’. No, acá nos organizamos desde acá y desde acá usamos esto para hablar otras temáticas, para discutir otras cosas que hacen a la vida cotidiana de cada uno (Dirigente TUCMA, comunicación personal, agosto, 2017).

El proyecto está compuesto por un grupo de familias (en el momento de nuestra visita se nucleaba a quince familias, pero hoy sabemos que son muchas más las que se fueron acercando) que garantizan el almuerzo para todas ellas a través de un monto semanal (que en el año 2017 era de cien pesos por familia) y de la participación en la cocina al menos una vez por semana. Además del aporte semanal, el proyecto cuenta con aportes del Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Tucumán, que garantiza los alimentos secos tales como harina, fideos, sal, azúcar, etc.

Uno de los beneficios más directos del proyecto tiene que ver con la posibilidad de reducir los gastos de las familias destinados al almuerzo

14 El grupo político TUCMA “Militantes del Pueblo” está integrado por un sector mayoritariamente juvenil de la comuna, que se unieron y crearon una sociedad civil, impulsados por la necesidad de evitar el desarraigo y construir estrategias laborales de manera colectiva, tal como nos expresó uno de sus dirigentes.

15 Vale mencionar que desde el año 2018 el proyecto adoptó el nombre de “Fogoncitos” retomando la experiencia de la Cocina Comunitaria y replicándose en diferentes colonias y barrios de Santa Ana.

diario y, a su vez, garantizar una mayor variedad de comidas (algo que como vimos en el caso anterior, no es una posibilidad real para la mayor cantidad de familias trabajadoras):

Si yo por día antes sacaba la cuenta que yo gastaba 150 por día para la verdura de la familia del día. Por día. Y comíamos hasta ese día. Y hoy en día podés llevar a tu casa variedad de comidas y con el precio mínimo, que es 60 pesos el día para todos. Y ya me río yo, le decía a ella que una ya siente el sábado y el domingo [risas] (comunicación personal, agosto, 2017).

Pero otro de los beneficios, tal vez menos visible, pero percibido, es el que expresa Beatriz en la última parte de la cita: *“una ya siente el sábado y el domingo”*. La falta que se “siente” el sábado y el domingo al no funcionar la Cocina Comunitaria no solo es en términos económicos, sino también, en términos de esfuerzo y responsabilidad de las mujeres, quienes tienen que “volver” a sus cocinas individualmente. En este sentido, el proyecto, tal vez sin proponérselo, permite mostrar que esos roles socialmente asignados –el de preparar el almuerzo– no solo traspasan la esfera privada del hogar para conformarse en estrategias sociales, sino que también la misma práctica social fortalece la posibilidad de cuestionar y replantear el rol adjudicado a las mujeres, o al menos, expresar dicha carga (al igual que analizamos en el caso del cuidado de los niños), tal y como se manifiesta en algunos de los testimonios:

Una mujer que también está en la Cocina, ella me cuenta que el sábado estaban por hacerse las 12 y ya tenía que venir el marido del trabajo y no se acordaba que era sábado, ella ya estaba pensando que iba a venir a la cocina a retirar (risas), ‘uh’ dice, ‘ahora me tengo que poner a cocinar’. Yo les digo que tendríamos que agregar el día sábado, porque el Ministerio nos da mercadería y es lindo, nosotras tranquilamente podríamos venir a trabajar el sábado, ya depende de nosotras (comunicación personal, agosto, 2017).

Así, al hacerse visible la posibilidad de organizar de otra forma el trabajo doméstico, el almuerzo deja de ser considerado como una tarea “natural” cotidiana de las mujeres, más allá de que la responsabilidad de esa organización –ahora comunitaria– continúe recayendo en ellas. La responsabilidad de “cocinarle” a los maridos comienza a ser significada como una “carga” (tal como analizamos en el caso de la crianza y las tareas de cuidado).

Además de la posibilidad de contar con una responsabilidad compartida en la realización del almuerzo, en las temporadas donde gran

cantidad de varones migran hacia otras provincias como “trabajadores golondrina” las mujeres se reúnen, socializan y expresan, aún sin proponérselo, el significado del trabajo doméstico:

Hay una temporada en donde nos juntamos casi dos o tres días a la semana a amasar. Eso era lindo, pero era cuando los maridos de las compañeras estaban en Mendoza, en La Rioja, en Río Negro. Entonces nos reuníamos. A las 9 de la noche volvíamos a la casa. Aquí teníamos a los hijos, el mate cocido, el mate de nosotras, la amasada... y no sé... nos íbamos tarde... y las chicas decían ‘ay, cuando vuelva va a ser’... ahora amasamos pero ya no es lo mismo, ya terminamos y ya cada una a sus casas, cada una a su casa con sus responsabilidades.

Este tipo de socialización que se instaura en los períodos donde los varones migran es asimilable a los períodos que analiza Andujar (2013) en los cuales los obreros trabajadores de YPF en Comodoro Rivadavia permanecían 15 o 20 días fuera de su casa trabajando en los campos de perforación y extracción. Compartimos con la autora que la significación de estos momentos de ausencia de los maridos no solo se expresan en tristeza y penuria, sino que también dichos momentos “facilitaba(n) una mayor independencia [de las mujeres] en las decisiones referidas a todas aquellas cuestiones que afectarían la vida cotidiana, el uso de sus propios tiempos y las formas de relacionarse con el ‘afuera’ de las paredes de su hogar” (Andujar, 2013: 9).

De esta manera, al preparar el almuerzo de forma colectiva, las mujeres producen, a través de significaciones y de compartir experiencias, un replanteo del lugar que ocupan dentro del núcleo familiar. Más allá de rebelarse o no frente a dicho modelo, las percepciones acerca de sentir y expresar la carga de sus responsabilidades, históricamente consideradas naturales y por lo tanto incuestionables, forman parte del largo proceso de transformación que las mujeres están transitando no sin complejidades y contradicciones, aún en los espacios territoriales agroindustriales donde, como vimos, la cultura patriarcal se encuentra fortalecida aún en los diferentes períodos que transitó el mercado laboral en los pueblos del sur tucumano.

CONCLUSIONES

La densa indagación en las experiencias cotidianas, integradas por el vínculo íntimo aquí esbozado entre trabajo doméstico, género y clase, habilita preguntas respecto de los lugares y productos insospechados a partir de los cuales se construye la configuración cotidiana de colectivos obreros.

En el artículo destacamos uno de los trabajos, dentro de la multiplicidad de tareas que componen el trabajo doméstico no remunerado: el de “preparar el almuerzo”. Y a partir de él realizamos un recorrido (dentro de un territorio históricamente conformado por familias trabajadoras) que mostró las variaciones del mercado de trabajo a partir de los procesos de transformación industrial: de un mercado laboral masculinizado a partir de la producción azucarera hacia un mercado diversificado en el cual se incluyó el masivo ingreso de la mujer a la industria pero que, en la actualidad, se evidencia una reducción considerable de la posibilidad de contar con empleos estables.

Encontramos que, dentro de dichas variaciones del mercado de trabajo, el trabajo doméstico de preparar el almuerzo continuó siendo una tarea eminentemente femenina e invisibilizada. El proceso de feminización del mercado laboral no hizo más que producir una doble jornada laboral para ellas: la de dentro y la de fuera de la fábrica. En este sentido, abonamos la tesis según la cual el trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo, que recae en las mujeres, fortalece el proceso de acumulación del capital, no solo en cuanto a la reproducción de su fuerza de trabajo, sino también en la consolidación de un proyecto hegemónico patriarcal de división y jerarquización dentro de las familias trabajadoras.

Además, desplegamos a partir de los casos hipótesis para pensar el rol del trabajo doméstico en el interior de las familias trabajadoras con el objetivo de indagar cómo se crean y dirimen identidades de clase y de género en las configuraciones –reales y no idealizadas– de las clases trabajadoras.

En primer lugar, encontramos que en contextos de mercados masculinizados de trabajo (como el caso de los azucareros) el trabajo doméstico de preparar el almuerzo cumple un papel esencial en la posibilidad de alimentar luchas obreras y, por lo tanto, trascender la esfera privada a la que el capital intenta contenerla dentro de los límites establecidos de la propiedad privada. Sin embargo, dicha “acumulación” de trabajo femenino para el desarrollo de huelgas y luchas obreras (como fueron las ollas populares durante el cierre del Ingenio y de la planta de Alpargatas) si bien se torna visible en los momentos de conflicto abierto, una vez finalizados dichos momentos, las mujeres y su producción doméstica vuelve al plano doméstico, privado y disciplinado del hogar.

En segundo lugar, mostramos cómo en los contextos de doble jornada laboral para las mujeres (dentro y fuera de la fábrica) el proceso de “delegar” dicha tarea en otras integrantes de la familia promueve

reclamos que refuerzan la disciplina en el interior de las familias trabajadoras. Además, el mismo caso mostró que el alimento y su preparación construyen rutina en las clases trabajadoras y estas refuerzan identidades al tiempo que producen, subjetivamente, un cuestionamiento de ciertos aspectos de tal identidad, fundamentalmente los vinculados a las condiciones de vida que propone el capital para las familias obreras.

En tercer y último lugar, relatamos una experiencia desarrollada en tiempos de crisis donde el trabajo socialmente adjudicado a las mujeres trasciende la esfera doméstica (tal como sucede en el primer caso) y garantiza una estrategia colectiva orientada a economizar y generar variedad de alimento en las familias trabajadoras. Al mismo tiempo, dichas estrategias “alivianan” el trabajo doméstico individual, con lo cual las mujeres comienzan a percibir y cuestionar el peso de las “responsabilidades” socialmente asignadas.

A partir de los casos analizados, arribamos a una serie de hipótesis que permiten trascender los casos y abonar al amplio debate que se abre dentro de las relaciones entre género y clase, fundamentalmente respecto del rol de la mujer en el trabajo de producción y reproducción del capital. Una de las hipótesis más potentes que orientamos al debate es que el trabajo reproductivo no solo acumula y abona al proceso de cooperación del capital, sino que también abona, cuestiona y expresa tensiones al proceso de acumulación de experiencias de lucha y organización dentro de las familias trabajadoras, promoviendo no solo solidaridades de clase, sino también cuestionamientos en el interior de las propias clases trabajadoras respecto de los roles socialmente asignados a mujeres y varones.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, P. (2004), *Ricos flacos y gordos pobres. La alimentación en crisis*. Buenos Aires: Claves para Todos. Editorial Capital Intelectual.
- Andujar, A. (2013), Tradiciones subterráneas: De las Madres de Plaza de Mayo a las piqueteras. Salta, Argentina. *Desafíos actuales de los feminismos*. Seminario Internacional llevado a cabo en el X Seminario Fazendo Genero, Santa Catarina. En: http://www.fg2013.wwc2017.eventos.dype.com.br/resources/anais/20/1373314569_ARQUIVO_PonenciaAndreaAndujar.pdf
- Campi, D. (2009), Contrastes cotidianos. Los ingenios del norte argentino como complejos socioculturales, 1870-1930. *Revista Varia Historia*, Vol.25, No 41, pp. 245-267.
- Ciulli, K. (2016), Internacionalización de la producción y reorganización de la hegemonía empresarial: el caso de Alpargatas S.A. *Revista Theomai*, No 33, pp. 28-42.
- De Arce, A. (2015), Género y producción cañera. Trabajo familiar en el noroeste argentino (1930-1960) en Ortega López, T. M. (Ed.), *Jornaleras, Campesinas y Agricultoras. La historia agraria desde una perspectiva de género*. España: Editorial Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- De Arce, A. (2016), *Mujeres, familia y trabajo. Chacra, caña y algodón en la Argentina (1930-1960)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. Editorial 20 años.
- Esquivel, V. (2011), *La economía de cuidado en América Latina: poniendo a los cuidados en el centro de la agenda*. El Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Federicci, S. (2010). *El Calibán y la Bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Federicci, S. (2018), *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Francois, M. (2008). The Products of Consumption: Housework in Latin American Economies and Political Cultures. *History Compass*, 6 (1), 207-242.
- Figari et al. (2017), *La trama del capital: la hegemonía empresarial en la Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.
- Gutiérrez, F. (2013). Desigualdad social, masculinidad y cualificación en el sindicalismo azucarero. Tucumán 1944-1949. *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales*, No 28, pp. 59-75.
- Gutiérrez, F. (2016), Vivir en un pueblo azucarero: entre el asistencialismo empresarial y el derecho al bienestar. Tucumán durante el primer

peronismo. *Comunidades, historia locales y mundos del trabajo*. Taller llevado a cabo en Buenos Aires, 9 de septiembre de 2016.

- Meillassoux, C. (1999), *Mujeres, graneros y capitales*. México: Siglo XXI.
- Mercado, L. (2007) *El gallo negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*. Buenos Aires: el autor.
- Mingo, E. (2016), Asalariadas en el sector agroindustrial. Pensar el lugar de responsabilidad colectiva en el trabajo de cuidado. *Revista de Ciencias Sociales, DS-FCS*, vol. 29, No 39, pp. 35-56.
- Nassif, S. (2016), *Tucumán en llamas. El cierre de ingenios y la lucha obrera contra la dictadura (1966-1973)*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Navarro, F. y Rico, M. (2013), Cuidado y políticas públicas: debates y estado de la situación a nivel regional en: Pautassi, L. y Zibecchi, C. (Ed.) *Las fronteras del cuidado: agenda, derechos e infraestructura*. Buenos Aires: Ela/Biblos.
- Pérez, I. (2014), Género y derechos laborales: servicio doméstico y trabajo doméstico no remunerado en la Justicia laboral en Argentina (1956-1974), *Revista Páginas*, Rosario, Vol. 6, No 12, pp. 67-82.
- Ramírez, A. J. (2008), Tucumán 1965-1969: movimiento azucarero y radicalización política, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Debates. En: <http://nuevomundo.revues.org/38892>
- Soraire, N. L. (2006), La situación de la mujer trabajadora en Tucumán en los años setenta: el caso de las obreras de la industria textil. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Jujuy*, No 31, pp. 253-273.
- Vega Jiménez, P. (2004). *Con sabor a tertulia: Historias del consumo del café en Costa Rica (1840-1940)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.